ENRIQUE MOLINA

LA REVOLUCION, LOS ESTUDIANTES Y LA DEMOCRACIA

Discurso pronunciado en el Teatro de Concepción el 3 de Agosto en la velada organizada por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción en homenaje a los Estudiantes de la Universidad de Chile.

Ediciones de la
Revista "Atenea"

Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Estado, 63
1931

LA REVOLUCION, LOS ESTUDIANTES Y LA DEMOCRACIA

LOS estudiantes de la Universidad de Concepción han querido, antes de volver a sus tareas ordinarias, cerrar con un eslabón de solidaridad el ciclo de los días decisivos de la revolución y han ofrecido a sus valientes compañeros de Santiago el homenaje de esta velada. Me han hecho el honor de pedirme que haga uso de la palabra en esta ocasión solemne y es para mí un placer dar cumplimiento a tal mandato.

No recuerdo haber sentido nunca la agitación jubilosa de un ideal colectivo como en estos días gloriosos de la triunfante revolución de Julio. Chile acaba de agregar un rasgo sobresaliente a su personalidad de pueblo recio con que ha sabido señalarse en la historia. Con el sólo poder de su opinión resuelta ha derrocado al militarismo que se había entronizado en el gobierno. El necesario imperio de la constitución, de las leyes y de las libertades públicas ha sido restablecido por obra exclusiva de las fuerzas morales de los civiles sobre la fuerza de las armas. Hemos enri-

quecido con la jornada nuestra historia y nuestro bagaje para hacer el porvenir. La lección no será olvidada y la hazaña va andando por tierras de América y del mundo para devolver al nombre de Chile la aureola de pueblo celoso de sus libertades que había perdido.

En las jornadas revolucionarias las huestes estudiantiles estuvieron adelante. Adelante para encender el fuego de la renovación y despertar la medio adormecida alma nacional, y adelante en el peligro.

La juventud ha sido siempre una especie de divinidad del culto de las esperanzas. Pero no han faltado períodos de desilusión y escepticismo en que la juventud ha solido parecer deprimida y extraviada. Mas ahora, en estos días de prueba, los estudiantes han superado a cuanto se podía esperar de ellos y por sus sacrificios y la sangre que han derramado en aras de un ideal han convertido aquellas esperanzas en soberbia realidad y se han hecho carne en nuestros corazones, por lo cual les rendimos nuestra admiración y reconocimiento.

Así en esta hermosa sala vibra el alma de dos juventudes universitarias unidas en fraternal abrazo. Que los inteligentes delegados de la Federación de Santiago que como huéspedes de honor han venido especialmente invitados a la fiesta de hoy, lleven a sus compañeros la impresión de este acto de solidaridad y afecto.

Las voces de los jóvenes no dejaron de ser oídas. Las corporaciones profesionales se levantaron casi simultáneamente. El cruento sacrificio de Jaime Pinto Riesco hizo que en Santiago los médicos se alzaran

como una sola alma herida y proclamaran en contra del gobierno la huelga general.

Concepción ha escrito en estos días páginas dignas de su tradicional civismo. Desde la caída del ministerio Montero-Blanquier, que había asegurado el imperio de las garantías constitucionales y había dejado plenamente establecido ante el país la aplastante deuda de tres mil quinientos millones de pesos contraída por la administración anterior, se comprendió que este régimen no podía continuar. Tal estado de ánimo se acentuó en forma irrevocable con el fracaso del breve ministerio Letelier-Garcés Gana y con los aprestos ostensibles para mantener la dictadura a toda costa. Los estudiantes fijaron su cuartel central en la Escuela de Farmacia, en cuyo mástil flameaba el tricolor nacional y la bandera de la Universidad. De ahí salían los desfiles patrióticos y las proclamas que condensaban las aspiraciones del momento. Los médicos, abogados, ingenieros, profesores, dentistas y farmacéuticos se adhirieron con decisión al movimiento. Otro tanto hicieron el personal de los ferrocarriles, los artesanos y obreros. En la misma escuela sesionaba el comité revolucionario formado por delegados de todas las colectividades civiles. Por último en la prensa y en reuniones celebradas por los elementos más representativos de la ciudad se reclamó como la expresión del sentir unánime de Concepción un cambio total del gobierno de la república. Este resultado victorioso llegó mucho antes de lo que habíamos esperado.

No cabe negar que tomar el gobierno por la fuerza vino a ser una fatal aventura para las instituciones

armadas. El prestigio y el afecto de que antes gozaban en el corazón de los chilenos, han tenido que salir de esta prueba muy menoscabados. Pero la república necesita de su ejército y de su marina. Ningún chileno puede tener interés en que estas instituciones no sean dignas y respetadas y no vivan rodeadas de las consideraciones que tuvieron en los tiempos en que eran renombradas por su disciplina y por sus hazañas nimbadas de gloria exclusivamente militar. No dudamos de que esto sea fácil volverlo a obtener para un ejército y una armada limitados a las necesidades de la república, que conlleven en igualdad de condiciones las cargas que la desatrosa situación económica nos impone a todos, y que actúen como organismos enteramente apolíticos, de acuerdo con las disposiciones de nuestra Constitución.

Estamos ahora ante un gran triunfo. Estamos también ante dolores inevitables que han venido con él, cuyas heridas permanecerán abiertas por mucho tiempo, y ante el recuerdo de víctimas que dejaron de ver la luz para siempre a fin de que nosotros tuviéramos más luz. Esto nos impone meditación, meditación con recogimiento casi religioso y que debe terminar en el juramento tácito de proceder bien.

Considerables problemas nos presenta la hora actual y seguirán inquietándonos por no corto tiempo. Grandes responsabilidades pesan por lo mismo sobre nosotros. La única manera de corresponder a éstas consiste en afrontar aquéllos con resolución, serenidad y estudio. Seamos optimistas; pero tengamos un optimismo reflexivo y no dejemos perder las enseñanzas de la experiencia. No puede ser otra actitud la de quién,

como el que os habla, carece de toda ambición política personal y en el correr de las horas va viviendo ya las de su atardecer. No puede ser otra tampoco la de vosotros, jóvenes, que continuais siendo la más bella esperanza de la patria y que formaréis la élite de sus ciudadanos.

En Septiembre de 1924 un golpe de Estado de las fuerzas armadas hundió para siempre un parlamentarismo desorbitado que había llevado la desorganización y la corrupción a casi todos los campos de la vida nacional. Los vicios y defectos de tal régimen fueron la causa principal del movimiento militar y del éxito con que fué coronado.

Nuevos golpes de Estado, francos o disimulados, que se dieron en Enero de 1925, y, sobre todo en Octubre de este mismo año y en Febrero de 1927, trajeron como resultado el establecimiento de la dictadura militar que acaba de caer derribada por sus yerros y por la opinión pública.

Para deshacernos de la dictadura hemos necesitado de otro movimiento revolucionario. Así el carro del Estado ha marchado de tumbo en tumbo porque el camino ha estado malo y el rodaje del carro bastante descompuesto. Hemos llegado por suerte a un descampado del camino. Pero no nos engañemos. Sabemos que recios obstáculos nos esperan. Evitemos para nuestra patria la triste historia de otros estados sudamericanos que no es más que la de una miserable pelota estropeada por jugadores implacables y crueles que la lanzan de una revolución a otra revolución, de la dictadura a la demagogia y de la demagogia a la dictadura. Las instituciones, magna carta de los derechos

de un pueblo, no pueden resistir a este perpetuo terremoto político y se derrumba dejando expuestos a los ciudadanos a sufrir siempre alguna especie de tiranía. Tenemos la obligación de salvar a nuestra patria de este lamentable destino.

La revolución no es jamás un fin en sí. Las que perpetúan el movimiento revolucionario más allá de las finalidades que se le señalaron suelen descender de sus ideales, pueden llegar hasta desmentirlo con sus hechos y pasar a ser simples recogedores de un botín. Una revolución aun siendo justa, aun no siendo la aventura criminal de caudillos ambiciosos, no tiene otro sentido que el de un medio, un doloroso medio, para conquistar la independencia, derribar una tiranía, introducir un nuevo orden social. En el caso nuestro actual ha ido implícito en el fin de destronar la dictadura el de restablecer el vigor de las instituciones legales que ya tenemos. El más sagrado deber de los vencedores consiste en respetar estas instituciones y cuando no las encuentren adecuadas a las nuevas circunstancias sociales, en hacer uso de los procedimientos que ellas mismas señalen para reformarlas.

El fascismo, que fué en parte modelo de nuestra dictadura, insistió desde un principio en el sometimiento de los individuos a una jerarquía social antes que patrocinar cualquiera clase de igualdad, en la necesidad de pensar más en los deberes de cada cual que en sus derechos, y, aunque en sus postulados se ha hablado mucho de la libertad, significa un régimen que es la negación misma de todo ejercicio libertario. Exagera el fascismo los atributos del Estado y de quien lo personifica en forma tan monstruosa que deja reducido al indi-

viduo a partícula insignificante, oprimida entre las piezas de la máquina burocrática, gigantesca y despótica, que lo envuelve.

Todo esto lo hemos visto en nuestro país. En regímenes semejantes los miembros de la colectividad no se dividen sino en gobernantes y súbditos. No caben en ellos hombres en la plenitud del ejercicio de sus derechos de tales.

Aspiramos, aspiráis, vosotros jóvenes, a que nuestra república sea una democracia lo menos imperfecta posible, una comunidad de hombres libres.

¿Consistirá la libertad en poder hacer todo lo que uno quiera hacer? De ningún modo. Ni siquiera en hacer lo que uno desee con tal que no sea en perjuicio de tercero, como dice un artículo de la Declaración de los Derechos del Hombre. Ahondando en el fondo moral que se encuentra en todo acto libre se llega a la concepción de que la libertad consiste, sobre todo, en poder hacer lo que se debe hacer, en la ausencia de fuerzas externas o impulsos contrarios internos que le impidan a uno hacer lo que debe. De la vida en un medio social donde no se ejercitan coerciones externas ilícitas se dice que se hace en el goce de todos los derechos civiles y políticos. Salvar a la libertad de los impulsos contrarios que la amenazan en nosotros mismos es tarea del dominio de nuestra voluntad, de la educación y de la moral.

El concepto de democracia no entraña tampoco ni con mucho la idea de igualdad absoluta. A lo más de la igualdad civil o de igualdad ante la ley, la que es menester entender también de acuerdo con el principio de las jerarquías sociales. Sin jerarquía no hay orden

social y, por consiguiente, no se goza de tranquilidad ni se puede trabajar eficazmente, con lo cual salen perdiendo tanto la sociedad como el individuo. La jerarquía no significa el establecimiento de un sistema rígido de capas sociales formadas unas por individuos destinados a mandar siempre y otras por los condenados a obedecer. No, es algo más complejo. Todos tenemos la obligación de saber mandar en las situaciones en que tal es nuestro deber y, a la vez, la de acatar las órdenes que se nos impartan dentro de la ley.

La igualdad de que hemos hablado, cuando se refiere al goce de los bienes del mundo, debe traducirse en igualdad de oportunidades, la que para llegar a ser efectiva supone el funcionamiento de un amplio y adecuado sistema de educación general y técnica.

Pero por el momento nos asaltan emergencias cuya solución no podemos postergar. De la aventura de la dictadura militar ha escapado la república en un grado de pobreza que no había conocido jamás. Deberes de resignación y sacrificio nos va a imponer esta situación. A todos nos alcanza la pobreza, pero hay miles de chilenos que viven en la más desastrosa miseria. Ante ellos sería cruelmente extemporáneo discurrir sobre la igualdad, y sobre lineamientos de un orden definitivo; sería como proponerle un sistema de ejercicios físicos a un infeliz que yace desmayado de puro débil. Lo que urge es darles pan para que no se mueran de hambre, un techo, y ropas para que reemplacen los inmundos harapos que los cubren.

Que venga en seguida el trabajo redentor porque sólo los absolutamente inútiles deben vivir por el resto de sus días de la caridad.

Es función del estado moderno dar ocupación hasta donde sea posible a los hombres capaces que no la tienen. Lo es también el ejercicio de esos variados ministerios que se comprenden dentro del amplio término de justicia social que viene a ser como una forma legal de ayuda a los desamparados de la fortuna y de compensación de las desigualdades tradicionales y hereditarias. La justicia social reconoce el derecho de propiedad, pero no con el sentido individualista de los jurisconsultos romanos sino como una función social sujeta a obligaciones y limitaciones en favor del bien común de la colectividad.

Pretender la nivelación uniforme de la riqueza es una quimera. La naturaleza es esencialmente desigual. Unos hombres son más vigorosos y pueden desarrollar más trabajo que otros. O los hay más inteligentes, económicos, sobrios y previsores. De todas estas diferencias de facultades tienen que resultar legítimas desigualdades en los bienes de cada cual. Para reducir la desigualdad a su mínimun nos parece la justicia social un noble ideal que no se debe cesar de perseguir. Las reformas en las relaciones amorosas de los hombres auspiciadas por el comunismo sobre una base de mayor libertad pueden traer consigo un ambiente de más sinceridad y de menos hipocresía en las cuestiones del corazón tan fundamentales para la felicidad humana. Pero en todos estos planes no conviene olvidar el respeto a la iniciativa individual y al individuo, célula esencial de la sociedad.

Vivir bajo la dictadura del proletariado, como en el régimen bolchevista, me parece en cambio tan funes-

to e insoportable, sino más, que bajo la dictadura de uno solo como en los regímenes fascistas.

A que las repúblicas iberoamericanas hayan llevado una vida tan agitada, avanzando en medio de revoluciones, sojuzgadas ya por dictadores, ya por demagogos, han influído primeramente dos circunstancias básicas: la vastedad de sus territorios y la existencia de numerosa población de indígenas. Países extensos y sin buenas comunicaciones entre sus diferentes partes permiten la formación de focos aislados que pueden ser por mucho tiempo centro de revoluciones no fáciles de dominar. Los indios forman masas de gente no asimiladas por la cultura blanca y que caudillos inescrupulosos pueden sublevar fácilmente engañándolos con cualquier pendón más o menos halagador.

De estos inconvenientes Chile se ha visto libre en mejor forma que la mayoría de las repúblicas del nuevo mundo. Su territorio extendido a lo largo del océano se ha hallado unido desde el principio de nuestra historia por las fáciles comunicaciones que el mar ha permitido. En el seno de nuestra población quedan muy pocos indios, no hay negros, y gozamos por esto de una unidad de raza que nos sustrae a muchos poblemas y tal vez suaviza la solución de los inevitables.

En seguida como antecedentes del atraso iberoamericano debemos mencionar la carencia de educación política y de educación económica. Esta vez si que los males anteriores nos alcanzan a nosotros. La falta de educación económica es causa de que las riquezas de este continente no hayan sido bien aprovechadas y de que cuando lo han sido han servido para beneficiar principalmente a naciones extranjeras

técnica y económicamente más adelantadas que nosotros.

Sin educación política no es dado pensar en el regular funcionamiento de una democracia y aquella supone en primer lugar una amplia educación general. Cuarenta por ciento de analfabetos, como tenemos por término medio en nuestro país, forman un lastre contrario al florecimiento de las instituciones democráticas. Y lo forman asimismo los que, sin ser analfabetos, saben apenas leer y escribir y viven en la pobreza.

El derecho en las democracias no es más que la expresión de la voluntad de las mayorías y sin cordura y sin el sentido de la equidad que da la cultura puede convertirse fácilmente de parte de las masas populares en un instrumento de tiranía, de injusticia y de abusos. Aun las muchedumbres formadas por personas cultas caen sin dificultad, por el hecho de ser multitudes, en el abuso del poder que da el mayor número, en el olvido de la razón, luz soberana del individuo que discurre tranquilamente, y en el predominio de los instintos primitivos que obran irrefrenables cuando no se puede pensar.

Cultura también reclama el ejercicio de la libertad. Tanto los pueblos como los individuos necesitan someterse a una disciplina que imponga limitaciones aconsejadas por la sabiduría, el buen juicio y el respeto mutuo. De las más preciosas son las libertades de pensar y de expresar su pensamiento de palabra o por escrito; pero cuidemos de que el discurso, la lección o el artículo de diario no degeneren en diatriba ni el libro en libelo. La más alta libertad culmina en caractéres firmes y espíritus originales capaces de mani-

festarse con independencia ante los prejuicios corrientes, de defender por lo mismo, si es preciso, opiniones impopulares, y de examinar cada cosa a la luz de la razón.

Por carencia de disciplina se desmoralizan los individuos y los pueblos, se desorganizan las instituciones públicas y sobrevienen, como azote inevitable, los gobiernos tiránicos a restablecer el orden por la fuerza.

Grande y hermosa labor tenéis por delante, ¡oh jóvenes! Graves responsabilidades vienen aparejadas con ella, como esperanza que sois de la patria y futura *élite* de su ciudadanía.

He visto en que forma habéis luchado en la pasada jornada. Habéis luchado como sentaba a la plenitud de vuestras almas, alegrando con cantos y músicas vuestras horas de guardia. He pensado en guerreros de Leonidas. El peligro que os amenazaba era para vosotros, como para los héroes espartanos, un motivo de fiesta. La sonrisa de vuestras valientes compañeras, que no os abandonaban, era una dulce fuerza, símbolo ideal como para los quijotescos caballeros de la edad media. Y vuestra alegría no ha sido flor de estimulantes; no ha estado manchada ni por el alcohol ni por ningún sentimiento innoble. Ella ha bajado de la altura de vuestros ensueños como un torrente fuerte y puro a dispersar las sombras del llano y a prepararlo para una nueva vida.

Pero ha pasado la hora aguda de la tensión heroica. Os imagino evolucionando de compañeros de Leonidas a jóvenes de Atenas. Aquí no sólo os aguardan las discusiones del ágora casi siempre estériles. Os espe-

ran el estudio, la meditación y el trabajo. No aguardéis a que las cosas del mundo exterior estén arregladas para poner fecunda armonía en vuestro mundo interior. De otro manera, vuestra vida se disipará en un ajetreo inútil. El espíritu se desarrolla tomando fuerzas, tanto de la cooperación con los demás como de la concentración individual. De otra suerte cojea por algún lado. Las industrias, tesoros dormidos en el seno de la materia, esperan la consagración a ellas de muchos de vosotros. Los archivos del pasado y los caracteres del alma nacional esperan al hombre de letras, al literato y al artista que sepan interpretarlos. Los secretos del cosmos y de la vida esperan los nuevos ensayos de explicación que tienten a los estudiosos de la ciencia y de la filosofía.

Nunca dejamos de encontrar en nuestro camino la selva oscura preñada de asechanzas de que habla el poeta. Vosotros la hallaréis a cada paso. En medio del caos en que suele caer la vida no nos dejemos arrebatar la brújula de la rectitud para guiarnos. Que no os engañen los simuladores del patriotismo y del amor al progreso. No permitáis oh jóvenes, que hombres egoístas os hagan descender al nivel de sus luchas por pequeños intereses y ambiciones. Mantened la elevación de vuestra actitud y dadnos el regalo, el edificante espectáculo de veros siempre en vuestras actuaciones a la altura del ideal.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL